



EN
E
R
●
●
T
S
P
&
V
C
H

agrupaciones culturales; una reflexion

ción

CENECA

B84
435

CENECA

AGRUPACIONES CULTURALES: UNA REFLEXION SOBRE LAS RELACIONES ENTRE POLITICA Y CULTURA

Paulina Gutiérrez

SANTIAGO-CHILE

JUNIO 1983

NOTA: El material de este trabajo proviene de la recolección y sistematización realizada en el Diagnóstico Evaluativo de la Agrupación Cultural Santa Marta, por Paula Edwards y equipo, CENECA, 1982.

I N D I C E

	Pág.
I. INTRODUCCION	1
II. ORGANIZACION Y FORMALIZACION	5
1. La acción organizacional	5
2. La dimensión simbólica	7
3. El momento subjetivo	10
III. LA ACTIVIDAD CULTURAL DENTRO DE LA POLITICA DE FRENTE	11
IV. CONTINUIDAD Y RUPTURA	14
V. SOBRE EL CARACTER POLITICO DE LA CULTURA	16

-o-o-o-o-o-o-

I. INTRODUCCION

Este trabajo es una reflexión que busca explicitar y relacionar algunos temas que subyacen a la formación y desarrollo de ciertas agrupaciones culturales. El análisis que realizamos se basa en el material que ofrece el trabajo de Paula Edwards y equipo, "Diagnóstico Evaluativo de la Agrupación Cultural Santa Marta (1976-1982)", publicado por CENECA en 1982.

En el trabajo referido se distinguen claramente --a partir de testimonios de los propios agentes culturales-- tres etapas en el desarrollo de estas organizaciones. La primera, el momento fundacional, caracterizado por la reagrupación relativamente espontánea de sectores de oposición en espacios fundamentalmente de Iglesia. Momento de encuentro y de constitución de instancias públicas en torno a manifestaciones artístico-culturales, esta etapa es plena de contenidos simbólicos de reconstrucción de un "nosotros" perdido. El momento que le sigue, etapa de auge y crecimiento de organizaciones culturales fuertes y capaces de articularse eficientemente con los movimientos sociales emergentes. En estos años, 1977 a 1979, se puede afirmar que las organizaciones culturales canalizaban la mayor parte de la acción opositora. El momento de crisis que se perfila con posterioridad al 79, está vinculado al surgimiento de organizaciones sectoriales-universitarias, poblacionales y sindicales, fundamentalmente-- que orientan su acción hacia reivindicaciones específicas. Con ésto se produce una "depuración" del movimiento cultural en términos de la diversidad de demandas y de niveles de acción que hasta entonces

había expresado. Las organizaciones hacen crisis al revelarse la inespecificidad de un proyecto propiamente cultural y artístico y la dependencia que se había establecido hasta entonces con los objetivos y lenguajes de la esfera política.

El estudio mencionado deja a las organizaciones en una fase en que, disminuídas en número y en miembros, buscan desarrollar una práctica cultural y artística con perfil propio y que se relacione de manera estrecha con las comunidades de base más cercanas, en un esfuerzo por reconstruir la identidad del campo cultural.

El trabajo que desarrollamos a continuación es una lectura o interpretación de esas organizaciones guiada por dos preguntas: a) Cuáles son las formas que asume la política en tiempo de dictadura, en un país con una fuerte tradición política y partidaria? y b) Cuál es la especificidad del campo cultural y artístico y cuál el terreno común con la política?

Es claro que este trabajo no da respuesta a las inquietudes señaladas. Sin embargo, la importancia que las organizaciones culturales tuvieron en la construcción de un movimiento de oposición a la dictadura, indican que se está ante una instancia privilegiada, donde se despliegan las distintas dimensiones de la política y donde el carácter expresivo del arte cumple una función que trasciende sus propios márgenes. Lo anterior expresa que al menos las preguntas estarían bien situadas, primer paso para intentar vías de respuesta.

Por otra parte, asumiendo que existen vasos comunicantes entre política, arte y cultura, nos planteamos sobre cuándo y bajo

qué condiciones puede hablarse de instrumentalización de unos hacia otros.

La reflexión sobre las organizaciones culturales que se realiza en estas páginas se apoya en las siguientes hipótesis de trabajo:

1. Existe una diferencia entre la concepción que los actores culturales tienen de su acción y la estructura ideológica de la cual son portavoces o cuadros.
 - a) Esta diferencia se manifiesta como asincronía entre los procesos grupales y los de la estructura partidaria.
 - b) La diferencia entre las dos instancias define objetivos a menudo diversos y que se manifiestan como tensiones entre lo nacional y lo local, lo formal y lo subjetivo, la adhesión y la vivencia, etc.
2. Las organizaciones culturales operaron dentro de la lógica de una política de frentes y en relación a un aparato ideológico central.
 - a) La concepción de la acción sobre la sociedad, basada en la existencia de un centro o núcleo a partir del cual emanan políticas sectoriales y de frente, privilegia la dimensión instrumental de la política.
 - b) El predominio de la dimensión instrumental constituye un elemento de crisis latente para organizaciones complejas que aglutinan intereses diversos y de diferentes niveles.

3. Las organizaciones culturales cristalizan tanto las contradicciones generadas por los procesos de cambio que operan a nivel del cotidiano, como las dificultades o debilidades de interpretación de los aparatos ideológicos.
4. Las actividades culturales de público operaron fundamentalmente como una instancia de generación de sentido e identidad que ensanchó, en la práctica, el solo campo de lo instrumental.
 - a) Las actividades de público desarrollaron más bien una vertiente ético-simbólica de la política que la construcción y mantención de adhesiones partidarias.
5. El alcance de público de las organizaciones culturales --aunque mayor-- no traspasó hacia los grandes sectores populares, moviéndose en cambio entre sectores políticamente sensibilizados
 - a) La producción de un arte comprometido de raíz folklórica junto a la estrechez de los circuitos de circulación de dicha producción, fueron factores importantes para que el movimiento artístico no traspasara con facilidad los límites del "gran ghetto".

La exposición que sigue desarrolla, con bastante informalidad, estas proposiciones y se apoya con frecuencia en los testimonios de los agentes culturales recogidos por el trabajo ya citado.

II. ORGANIZACION Y FORMALIZACION

1. La acción organizacional.

El predominio de la concepción instrumental de la política que se observa --como eje y como punto de crisis-- en la trayectoria de las organizaciones culturales (O.C. en adelante) indican que es importante detenerse a considerar algunos de los contenidos que de manera más o menos explícita se dan en la relación. Dos puntos saltan a la vista: a) el rol fundamental que la organización cumple en esta concepción, y b) la necesaria formalización que ello implica.

En términos generales se puede afirmar que en la forma tradicional de concebir lo político se separan dos esferas: la de las organizaciones y las de la masa, siendo la primera encargada de clasificar e imputar contenidos a la masa "no conciente". Se clasifica este espacio habitualmente como pre-político o apolítico, con lo cual la acción organizacional queda fijada necesariamente como una acción de elite. La diferencia entre izquierdas y derechas se daría en la ubicación del núcleo político: mientras la izquierda lo sitúa en la organización tratando de moldear la sociedad acorde a la teoría, la derecha --confiando en la efectividad de su hegemonía-- se nuclea en la sociedad civil apoyándose en las prácticas sociales existentes. En relación a la esfera pre o apolítica, la izquierda busca organizarla en torno a sus temas, en una labor que persigue desde adhesiones totales o "modos de vida" --hasta relaciones utilitarias del tipo "base de apoyo".

Ahora bien, en situaciones de autoritarismo y represión se tiende a agudizar la fragmentación entre los sectores "más concientes" y los "menos concientes" por la dificultad de conecciones explícitas entre unos y otros. Se hace cada vez más difícil interpretar qué ocurre en la sociedad civil y lo común es guarecerse en la lógica de las relaciones organizacionales a partir de las cuales se refuerza la existencia de un mundo legible. Y frente a los fenómenos no codificables dentro de esa lógica, las alternativas serían:

- a) minusvalorar los procesos que ocurren fuera de los grupos politizados, apostando a su reversibilidad;
- b) adjudicarle a la masa un "instinto" que le permite quedar intacta tras estas experiencias y constituirse en su jeto político del mismo modo que en la etapa previa, o
- c) permearse respecto a la masa, lo que llevaría a replan-tear la relación y probablemente a la crisis de la organización.

La dependencia organizativa del pensamiento de izquierda puede verse como un asunto de lucha por la hegemonía. Fijarse en él, sin embargo, sería creer que el proceso ideológico pasa sólo por el momento organizacional y formal, lo que para la situación chilena de los últimos años se revelaría insuficiente. Los procesos ideológicos están también y de modo importante pasando por fuera de las organizaciones en la medida en que responden a una necesidad de subjetivación frente a un orden que enajena lo material y lo simbólico de la constitución del nosotros. Pues otra dimensión de lo político, tal vez menos evidente, es su capacidad de expresión simbólica de una vida

en común y en ese sentido es un ritual de reconocimiento recíproco en una identidad colectiva(1).

2. La dimensión simbólica.

El aglutinamiento previo a la formalización de las O.C. y sobre todo los encuentros artísticos que provocaron, fueron rituales en la reconstrucción de un "nosotros" y como tales fueron acciones propiamente políticas.

Pero también la constitución organizativa puede mirarse desde un momento simbólico: se recomponen formas de relación con grandes similitudes a las formas organizativas previas al 73, lo que en un comienzo no es sino una manera de invocar la relación símbolo-materialidad, vale decir, la verdadera historia, la sociedad relativamente transparente con modos de operar probados. Sería un error, creemos, considerar la prevalencia de la forma organizativa (y la concepción que subyace) en los primeros momentos de reconstrucción, sólo como un asunto de "ausencia de imaginación" y no valorar que la reconstrucción operaba sobre ámbitos de familiaridad necesarios, sobre formas comprobadas y eficiente de "hacer política".

La necesidad de organización es vista del siguiente modo por los actores (2):

(1) Cfr. Norbert Lechner: "Especificando la política", en Crítica y Utopía N°8, Buenos Aires, 1982.

(2) Todos los testimonios de actores culturales que se citan de acá en adelante en estas páginas fueron sacados de: Diagnóstico evaluativo...op.cit.

"Se trata de hacer orgánico lo que se estaba dando en forma inorgánica, estructurarlo, organizarlo". "¿Por qué? Porque los jóvenes "andaban todos desparramados", habían perdido sus organizaciones naturales". y por lo mismo, se trataba de proporcionarles un espacio donde juntarse". "La cosa era cómo atraer a aquellos jóvenes que, en determinado momento, se quedaron con las manos cruzadas y estaban cayendo en la apatía...no se juntaban ni siquiera para saber si estaban todos vivos y si todavía era posible hacer cosas juntos".

"...aunque esta decisión 'externa' (la línea político-partidaria) no niega que nuestros reales intereses como jóvenes de esa época --73 en adelante-- fueran artísticos".

Se seleccionan estas citas porque expresan las orientaciones que estaban presentes al momento de la fundación. En la primera de ellas prima el aspecto instrumental y formalizador en la concepción de la política que había sido vivida como sentido común hasta entonces. A ello se agrega un tipo de componente simbólico al "traer al presente" o "rescatar del pasado" la forma política con la cual se identificó la acción durante el período democrático. En el segundo párrafo destaca la expresión simbólica del encuentro, y un aspecto dolorosamente práctico, una casa grande donde se puede contar cuantos llegaron a dormir. Por último, una cita donde se reivindica el interés artístico como un fin en sí.

Los elementos que componen la fundación y los primeros años de vida de las O.C. establecen una convivencia entre dos lógicas, la política y la artística, y dos aspectos de la política misma, lo instrumental y lo simbólico (1).

(1) En lo que se refiere a lo artístico la convivencia entre política y arte es, al menos, un asunto discutible. El tema del arte no está presente en tanto forma específica de aprehender y comunicar la realidad (Klee definiendo el arte: hacer visible lo invisible). La particularidad de lo artístico es diferente del elemento simbólico de la política, cuestión que en el testimonio de los actores pareciera confundirse. El análisis que hago en estas páginas mantiene la ambigüedad, no como elección sino por imposibilidad de acceder a él adecuadamente.

Cuando la situación nacional deja fisuras que hacen pensable concitar encuentros, cuando el cálculo que realiza el miedo indica que el encuentro "vale la pena", es que se establece la "condición de posibilidad" de lo que serían estas organizaciones. Y lo artístico no es casualidad ni tampoco se explica por la sola "neutralidad de la cultura", sino también porque a través de la capacidad expresiva del arte se canalizan simbólicamente el dolor, la identidad y la necesidad de respuesta a un mundo que se desmorona.

La fase de la organización espontánea, "inorgánica", parece, sin embargo, haber sido breve. Es fácil pensar que por su misma capacidad de congregar, se les adjudicase desde el ámbito político organizacional, una importancia central. El momento de fundación y auge de las O.C. corresponde al momento de matrimonio feliz entre las dos lógicas: la política y la artística, cuando ni la una ni la otra han madurado post golpe. Pero, como matrimonio entre adolescentes, pierde ingenuidad cuando uno de ellos se hace fuerte y el otro le reclama lo que se sacrificó para ello.

El testimonio de los actores a través de todas las fases registradas, muestra esa pérdida creciente de "ingenuidad". A pesar de eso, la crítica sigue siendo "monógama": "Quizás esta nueva etapa en lo cultural es transitoria...mientras 'lo político' vuelva a interactuar y a clarificar líneas del curso que debería seguir el trabajo cultural...pero con un nuevo espíritu. "¿Cuál es el nuevo espíritu que se espera?... Probablemente un replanteamiento sobre las formas de hacer política, pero, en ese caso nos preguntamos, ¿será necesaria la organicidad en el campo de lo artístico?

3. El momento subjetivo.

Otro asunto que llama la atención en la visión que los actores tienen del proceso es la valoración que hacen de la "vuelta a casa", o sea, el repliegue de las organizaciones culturales hacia el ámbito local y artístico. En ella hay, entre otras cosas, una recuperación de la intimidad, de las relaciones cara a cara que lleva a plantearse el problema de la formalización y de la subjetivación.

La racionalidad formal implica formalizar las relaciones sociales, poner distancia y excluir por lo tanto la subjetividad. Las relaciones sociales se apoyan en situaciones codificadas según normas establecidas. "A esta formalización de las relaciones sociales, vinculado con la creciente organización burocrática de la actividad política, se imputa parte de lo que se experimenta como crisis de representación"(1). La ausencia de relaciones sociales directas hacen que la formalización sea necesaria: sin embargo, esa ausencia (o, de otro modo, la división social del trabajo) es vivida como distanciamiento individual y separación de los otros. Mientras mayor es la atomización de la sociedad, mayor será la tendencia a refugiarse en ámbitos de familiaridad. "Marginados en y por el proceso social, los individuos pretenden superar las distancias sociales mediante un culto a la autenticidad(2).

(1) Norbert Lechner, op.cit.

(2) Norbert Lechner, op.cit.

Ahora bien, las fases que viven las O.C. pueden leerse a la luz de estos elementos.

En la fundación prima la acción instrumental y la expresión simbólica de reconocimiento. La formalización que conlleva la vinculación a lo nacional provoca una crisis de subjetivación que las lleva al quiebre y al replanteamiento de objetivos. Esta crisis se relaciona a una crisis más generalizada, donde también los márgenes de la formalización política se han hecho estrechos, estrechez que se expresa ya como politización de la vida cotidiana, ya como politización de espacios pre-políticos.

Por otra parte, pareciera que es en las organizaciones de base, justamente por primar las relaciones cara a cara, donde la significación política que adquieren los pequeños gestos cotidianos es más evidente. Y son ellas las que, entre el cielo y la tierra realizan, ya sea la acción refleja de la gran política, ya sea la mediación y reelaboración de un sentido común.

III. LA ACTIVIDAD CULTURAL DENTRO DE LA POLITICA DE FRENTE.

La polivalencia de la realidad social lleva a que los procesos de construcción de sujetos políticos sean procesos fundamentalmente ideológicos, estructurados en torno a las diferentes interpretaciones de la realidad. Estas, (las lecturas) germinan,

cristalizan, producen, tanto en el ámbito material como simbólico, tanto en el institucional como en el conjunto de las actividades que caracterizan la reproducción (material e intelectual) de los hombres particulares (1). De otro lado, tampoco la interpretación de la realidad es sincrónica para uno y otro nivel. El tiempo de la teoría, de la doctrina, de la elaboración de sentido común, es obviamente más lento que su vivencia disgregada.

La asincronía entre elaboración teórica y "sentido común de la política", se hace más compleja por el centralismo que adquiere la interpretación teórica respecto a la esfera vivencial o de interpretación primaria. Lo anterior nos lleva a considerar la adecuación de una política de frentes como método de trabajo con la realidad.

La idea de "frentes" se apoya en una base real de división (división social del trabajo, diferencia generacional, por ejemplo). Nuevamente surge en este asunto una diferencia importante entre izquierdas y derechas. La derecha trabaja los distintos aspectos sociales a partir de un sentido común establecido que no requiere la presencia permanente de un centro que sustente, legitime y vincule las clasificaciones realizadas. Apoyándose en lo dado (interiorizado) no necesita de escalonamiento de la verdad ni de sistemas de excomuniación, a menos que entre en una fase de debilidad hegemónica (2)

(1) Según la definición de vida cotidiana que ofrece Agnes Heller: "Sociología de la Vida Cotidiana". Ed. Península, Barcelona.

(2) Lo más cercano a la función de centralidad, lo realiza el diario El Mercurio y de hecho se lo ubica como el partido político de la derecha.

Sus frentes --gremial, universitario, empresarial, etc.-- operan con una apariencia de relativa autonomía, conformando un "sistema sin centro" y por ende, de estructuración flexible. No ocurre lo mismo con la política de frentes de la izquierda, donde el centro, el núcleo, actúa como referente alrededor del cual se estructuran círculos concéntricos. El núcleo es, encarna el momento de la síntesis de la diversidad de lecturas de la realidad, y como tal articula las divisiones (o frentes) de la sociedad. La cuestión es que si a través de la articulación se cree algo o si ella solamente recrea lo que se revela como una verdad. Dicho de otro modo, si se trata de construcción de hegemonía o de revelación de verdad.

El cuestionamiento que las O.C., hacen de la función de centro, --en la nueva etapa 80-81-- es ambivalente. Por un lado declaran "Estamos asumiendo el problema desde la realidad concreta, desde la esquina del barrio, no desde el estereotipo sacado no sé donde", lo que podría significar o bien una deslegitimación de la necesidad de un centro o bien una crítica a la interpretación y modos de relación que de allí emanan. Pero a continuación afirman que esta etapa es transitoria "mientras lo político vuelva a interactuar y a clarificar líneas...que debería seguir el trabajo cultural", con lo que parece quedar clara la orientación de la crítica y con ello su propia debilidad.

La presencia de una instancia nucleadora será eficiente, en todo caso, en la medida en que la necesidad y función del centro sea reconocida como legítima. Si la legitimidad es cuestionada, se cuestiona también la división de frentes y se fortalece la idea de "base social" que obedece a otra manera de concebir la sociedad.

Respecto a las O.C., se puede afirmar que ellas operaron como frente político juvenil en los espacios --divisiones-- que eran propios del frente cultural-artístico. La ausencia de oposición entre la lógica política y lo que eran los fines y formas de la expresión artística --que marca las primeras fases de las O.C.-- encontraría explicación en dos vertientes: a) la concordancia (y tal vez la adecuación) de la forma tradicional de la política tanto a nivel de direcciones como de los actores directamente involucrados, y b) la fuerza que adquiere en ellas --a través de la especificidad de las formas comunicativas del arte-- la dimensión simbólica de la política, en la construcción de identidades. Materialidad (encuentro, canción) y símbolo (nosotros) nacen conjuntamente y se puede afirmar que el símbolo adquiere una fuerza imprevista, si no una vida propia, que va más allá de los alcances orgánicos y que cristalizan sobre todo en los fenómenos de público de los grandes encuentros.

IV. CONTINUIDAD Y RUPTURA.

La recuperación histórica de la sociedad chilena es el leit motiv de todas las instituciones y agrupaciones que, desde la izquierda, se inauguran o recomponen en los primeros años de este régimen. Se da en la producción académica, también en el discurso político. La preocupación no es sólo temática sino que la realidad del montaje del régimen es vista con y desde las categorías de la República. Es interesante notar que hasta a agrupaciones tan especiales como la de detenidos desaparecidos reaccionan apelando a los valores e instituciones de la democracia histórica (1).

(1) Ver el estudio que sobre la Agrupación de Detenidos Desaparecidos hizo Germán Bravo: "Crisis de sentido y transformación de identidades sociales: un estudio de caso." Tesis de Grado, U.C., 1982, mimeo.

Las O.C. se ven a sí mismas como espacios de "continuidad de los hábitos de participación y de elaboración de proposiciones culturales alternativos". El "transplante" de un modo de participación que operó en el contexto de una estructura democrática cumplió en los primeros años una función importante, convirtiéndose más tarde en uno de los motivos de crisis.

Este es un punto interesante ya que alude al hecho de la per-tinencia" en política. Las actividades --organizativas y de público-- de las O.C., hacen de "puente" con el pasado tan sólo en lo que se refiere a la forma, pero son absolutamente diversas, respecto al contenido, pues es otra su relación con la sociedad. "Nunca nos bañamos en el mismo río", no tan sólo por el devenir de las cosas, sino también por la apariencia de no devenir dada por la familiaridad del paisaje. La continuidad que marcaron las O.C. se basaba en la reconstrucción de un paisaje a partir del cual se totalizaba la pertenencia a la sociedad. Continuidad que daba el ámbito de familiaridad necesario en la reconstrucción de identidades, y que se expresa en lo que J.J. Brunner llama actividades de catacumba(1)... "la clandestinización de la política significa su paso de lo público/comunicativo a lo privado/comunitario.. abandona la plaza y la calle y se interioriza, se vuelve de alguna manera intimista"(2). Sin embargo, es la vieja política la que se clandestiniza y se expresa por medio de actividades de catacumba. Paralelo a ello, la vida cotidiana se politiza y ese fenómeno no se expresa ni cristaliza en actividades de catacumba.

(1) J.J. Brunner: Vida cotidiana, sociedad y cultura: Chile 1973-1982. Documento de trabajo, FLACSO, Santiago, 1982.

(2) J.J. Brunner, op.cit.

Es este proceso el que incide fuertemente en la pertinencia de las O.C. a partir de 1981. El asunto, no es más "reavivar la memoría", sino construir un proyecto alternativo que sea capaz de incluir no sólo los nuevos temas, sino también otra forma de la política y del "frente cultural". Los motivos de congregación de los primeros años ya no son funcionales: no se trata de hacer de puente con una memoria histórica a partir de la cual se reconstruye la identidad. Se construye en cambio por referencia al presente y en ese sentido se entienden los objetivos que nuclea a las O.C. en su última fase: formación, énfasis en lo local como valoración de la realidad cotidiana. Pero esa decisión está aún cruzada de contradicciones. El aislamiento que acusan gran parte de los testimonios señalan las dificultades de ese intento. En el aislamiento prima la necesidad de familiaridad, de reconocimiento entre pares por sobre la voluntad expresada de conectarse con el medio. La preeminencia del modelo de actividades de catacumba, frena la apertura a lo nuevo del presente.

V. SOBRE EL CARACTER POLITICO
DE LA CULTURA.

El problema también puede abordarse desde el punto de vista de la producción y el consumo de lo artístico-cultural. Frente a la apariencia "neutra" de la cultura se puede afirmar que la política es fuerza, poder, conflicto y guerra. Pero, también es cuestión de la política la construcción de consenso, de identidad, la negociación, el diálogo y la creación de sujetos sociales. Es en esta última dimensión donde la política comparte terreno con la cultura y es en ese espacio donde se puede abordar el carácter político de la cultura.

Al predominar la concepción de la política como fuerza, la cultura tenderá a neutralizarse, a perderse en los dominios de un arte de ghettos, sean del signo que se quiera. Tal es, sin duda, el punto de vista del régimen. Cuando el dominio de la cultura se confunde, se hace equivalente al de la política, no sólo se podrá hablar de crisis de instrumentalización, sino que al mismo tiempo se estará dejando un "vacío" en los espacios de construcción hegemónica. El camino que va desde la identificación de política y cultura hasta la búsqueda de autonomía es visto de este modo por los agentes culturales:

"Y empiezan a surgir formas diferentes de organizarse y una de estas formas son las actividades culturales comunitarias, que son casi incombustibles en un comienzo, porque nadie puede combatir una actividad artístico-cultural hasta que no represente un peligro para la estabilidad de un orden determinado...".

"...Llega un momento en que aparecen otros objetivos que sobrepasan lo cultural".

"Y se llega...a errores conceptuales grandes, como no entender que la cultura es un fin en si mismo, es algo que engloba las actividades del ser humano, que no se puede parcelar, no se puede restringir...En definitiva, la organización cultural fue utilitaria de otro tipo de reivindicaciones sociales".

"...no hubo nunca un acuerdo de lo que se entendía por cultura. Un mini programa por lo menos".

A la crisis de instrumentalización que se señala se podría agregar el problema de la actualización que señalábamos más atrás. Actualidad es relevancia, pertinencia. La continuidad no ase-

gura actualidad. Si para la política bastó en un comienzo la movilización que lograba a través de las O.C. y a través de un acto artístico, con los años ello no fue suficiente.

Cuando la actividad política pudo independizarse de los "ámbitos de reemplazo" y volcarse hacia sus espacios "naturales", se produjo un cierto desmantelamiento de la O.C. que es visto de este modo:

"El 80 se bajó de esa nube donde lo cultural era todo. Hizo crisis la grandilocuencia de lo masivo : de repente, miramos para los lados y nos damos cuenta de que no había nadie".

Las organizaciones culturales deben entonces retomar la búsqueda de su especificidad, definir objetivos y destinatarios. Ello implica redefinir también la producción artística que se desarrolló bajo las O.C., pues si la movilización política de los primeros años fue capaz de llenar un teatro no ocurre lo mismo cuando lo artístico no es el vehículo único o privilegiado de constitución de lo público.

El tiempo también produjo un cambio en el contenido del concepto de recreación. Desde el punto de vista del público, se puede pensar que la gente iba a "pasarle bien (o a "sufrir bien") o a los recitales. Sólo que eso significaba en los primeros años participar de un espectáculo que lograba cristalizar dolor, esperanza, referencias al pasado y al presente, como mecanismos básicos de identificación y reconstrucción. Había un vaciamiento de lo lúdico en favor de la función de sentido. Si para los agentes culturales la actividad era un sucedáneo de la gran política, para el público (y probablemente para la gente de los talleres) este era un momento necesario en la reconstruc

ción personal y grupal. Nuevamente aparece el asunto de la actualidad, pero esta vez respecto a lo artístico, ya que la recreación vuelve, poco a poco, a ser "lo que siempre fue": des-canso, juego, magia, escape, creación.

El folklore (urbano o tradicional) se identifica con la izquierda, con lo nacional, con lo histórico. La otra posible corriente identificatoria vincula a la izquierda con lo popular y donde el folklore es compartido con los productos de la cultura de masas. Si el primero tiene una connotación de clase en términos amplios y latinoamericanista por extensión (lo típico, lo pro - pio), los productos de la cultura de masas tienen todas las características de la mercancía, asociándose lo masivo a lo manipulable, al lucro y al imperialismo cultural. Los contenidos actuales de la recreación y la extensión de lo popular que van tanto más allá de lo folklórico, condiciona y limita el alcance y tipo de público de las actividades artísticas definidas a la manera de la etapa anterior. Y con ello la voluntad manifestada de inserción.

El público de los primeros años obedece a las necesidades de recomposición de un tipo de elite política e intelectual, de allí que la relación se diera desde elite "a" (intelectual orgánico + artista) hacia elite "b" (base + nuevos jóvenes). La inserción en el medio local que se propone como objetivo en la última etapa indicaría bien una relación del tipo elite-masa, o bien una "al interior de la masa", vale decir en la base social.

Para terminar, una observación sobre lo que parece ser una de las características del proceso social de los últimos años. Es cierto que la política se clandestinizó en los espacios de la Iglesia, pero con ello no recibió sólo el "techo". Existen he

chos que indican una relación más rica y compleja, como por ejemplo: a) la adhesión de sectores laicos, sean o no cristianos, a la opción eclesial de defensa del oprimido, que creó un terreno común antes inexistente o al menos no explicitado; b) los cambios habidos en la Iglesia en términos de aceptación de la subjetividad y expresados en el movimiento carismático; c) la existencia de rituales de lo colectivo, reafirmada por lo anterior y "traducibles" o relativamente equivalentes a los rituales colectivos de la vida política previa; d) las experiencias límite del dolor, la muerte y el clamor de justicia que acercan a lo sagrado en la medida en que son vividas como enfrentamientos bipolares del bien y del mal, e) la absorción --aunque sea temporal-- del lenguaje rico en simbologías propio de las religiones, simbologías totalizadoras que dejan un sedimento allí donde se den afinidades valóricas entre cristianismo y socialismo.

Estas situaciones y probablemente muchas otras configuran una especie de fertilización y una activación ética de la actividad política. Creemos que las organizaciones culturales no han sido ajenas a este proceso.

42